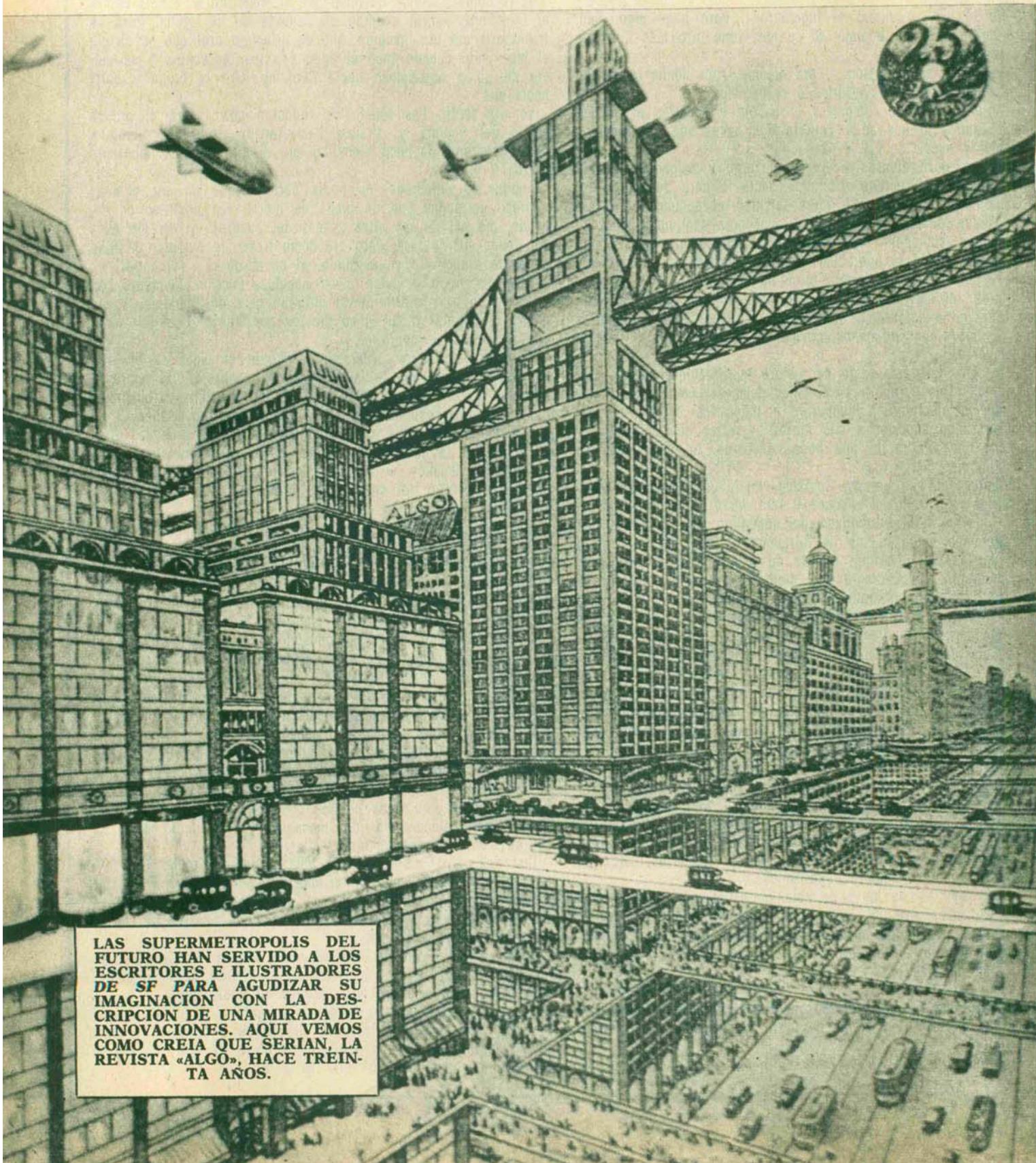
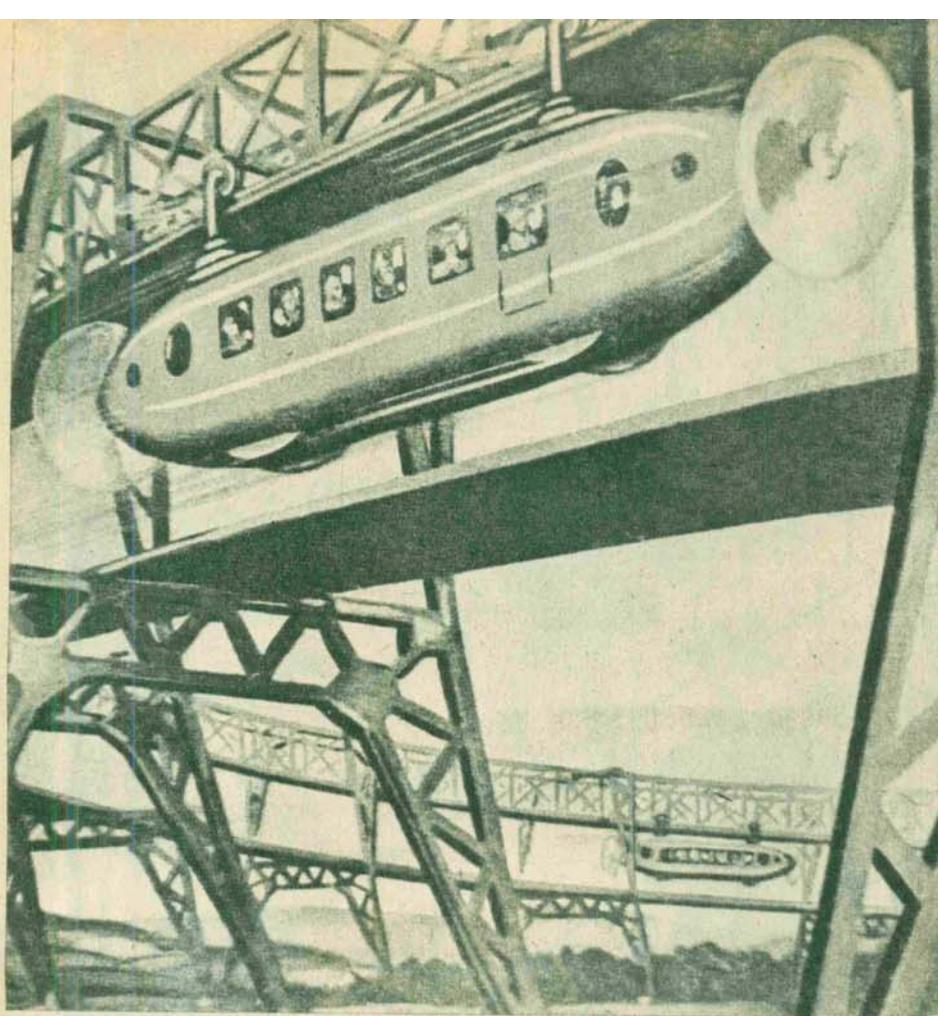


UNA de las corrientes más importantes dentro de la SF ha sido, sin duda, la anticipativa, o sea, el intento por parte de sus autores de imaginar el porvenir. En ella, el término ciencia-ficción conjuga totalmente sus dos conceptos componentes: se utiliza la ciencia de la época como trampolín desde el que lanzar la imaginación, mediante la ficción, hacia el futuro.

Pero inmediatamente cabe hacerse una pregunta: ese vuelo de la imaginación, ¿da en el blanco?, ¿consigue la ciencia-ficción predecir la ciencia del mañana, o se queda en simple ficción? En otras palabras: ahora que ya tenemos casi medio siglo de verdadera literatura de SF que estudiar e infinidad de obras de proto-SF, nos podemos interrogar, ¿hasta dónde han llegado a aceptar los autores de SF en sus previsiones literarias? Para empezar, veamos un ejemplo clásico:



LAS SUPERMETROPOLIS DEL FUTURO HAN SERVIDO A LOS ESCRITORES E ILUSTRADORES DE SF PARA AGUDIZAR SU IMAGINACION CON LA DESCRIPCION DE UNA MIRADA DE INNOVACIONES. AQUI VEMOS COMO CREIA QUE SERIAN, LA REVISTA «ALGO», HACE TREINTA AÑOS.



**LUIS
VIGIL**

EL MONOCARRIL HA GOZADO SIEMPRE DE BUENA REPUTACION EN LAS OBRAS ANTICIPATIVAS, QUIZA POR SU ASPECTO FUTURISTA, O POR LA POSIBILIDAD DE DOTARLO DE MEDIOS IMPULSORES TAN «ADELANTADOS» COMO SON LAS HELICES.

ción estival, el ambiente del local permanece confortablemente fresco, ya que sobre el techo, a gran altura, flota un globo del que salen dos tubos, uno de los cuales trae el aire frío de la estratosfera, mientras que el otro lleva allí el caliente y viciado del interior del local.

Otras maravillas que la supermetrópoli reserva al visitante son: una red neumática de correspondencia, un sistema municipal de calefacción por agua caliente extraída de las entrañas de la Tierra, las casas de eutanasia que facilitan una rápida muerte sin dolor a quien lo desea, etcétera.

Esta debería ser la Nueva York actual según la descripción que de ella dio, hace casi noventa años, el escritor Ignatius Donnelly en su novela *La columna de César*, importante «best-seller» de la época, ya que se vendieron más de dos millones de ejemplares de la obra.

Ahora bien, contemplando la realidad actual de la urbe norteamericana, no nos parece que el autor tuviera demasiados aciertos en sus predicciones. Y aunque en su época parecieran tremendamente anticipativas, sus ideas han quedado empequeñecidas ante las realidades que el transcurso del tiempo ha originado.

Parece, pues, al menos en el ejemplo aportado, que la capacidad de adelantarse a los acontecimientos con la imaginación no está demasiado bien fundamentada. En efecto, Donnelly predice, con más o menos éxito, los viajes por el aire (aunque el desarrollo del dirigible resultase ser un callejón sin salida), la iluminación eléctrica y el correo neumático; igualmente predijo, hasta cierto punto, la aparición de televisión y aire acondicionado (aunque partiendo de premisas equivocadas). Pero, por el contrario, no anticipó algo de influencia tan trascendental en la vida del siglo XX como es el automóvil.

Una argumentación favorable a la anticipación predictiva presenta, en su favor, una impresionante serie de ficciones posteriormente llevadas a la práctica, y tal vez al autor al que más se cite en este sentido sea Julio Verne. Pero no debemos olvidar que esos ejemplos escogidos se hallan inmersos entre un mar de otros alardes imaginativos que nunca han tenido una realidad concreta.

Así, por ejemplo, con motivo del primer viaje humano a la Luna de la

CUANDO LA S.F. SE QUEDA EN FICCION

ESTAMOS a mediados del siglo XX. Un joven, miembro de una colonia suiza en Africa, llega a la gran urbe norteamericana, Nueva York. El motivo de su viaje es el de realizar gestiones para la venta del producto principal de su colonia: la lana. Dado que el ambiente del que proviene es provinciano y bucólico, la gran ciudad le aterra, al tiempo que ejerce sobre él una indudable fascinación.

Las calles, que están atestadas de peatones, brillan bajo la luz de una iluminación magnética, y están techadas con vidrio para proteger a los viandantes de los fenómenos atmosféricos. El tránsito rodado es escaso, casi se reduce a los carruajes de la plutocracia de banqueros que tienen el control del mundo. Los transportes públicos son

de dos clases, por una parte están los trenes monocarriles, que se deslizan por cables colgados de globos cautivos; por otra, los gigantes dirigibles, equipados con botes salvavidas provistos de paracaídas, movidos por motores eléctricos que les permiten realizar la travesía entre Londres y Nueva York en treinta y seis horas.

Gabriel Welstein, el joven en cuestión, entra en un restaurante y se sienta frente a un «espejo» —a modo de pantalla de TV—, en el que contempla el menú del día. Elegido lo que desea comer, lo ordena apretando unos botones, tras lo que se abre la mesa y aparecen los alimentos, procedentes del subsuelo. Otro botón hace que en la pantalla surja el periódico del día.

A pesar de hallarse en plena esta-



UNO DE LOS SISTEMAS DE TRANSPORTE MAS DIFUNDIDOS EN LAS OBRAS DE SF DE UNA CIERTA EPOCA FUE LAS ACERAS RODANTES. PERO ESTE SISTEMA NO SE HA LLEVADO A LA PRACTICA MAS QUE EN TRAYECTOS MUY LIMITADOS, AUNQUE LO CIERTO ES QUE EN PARIS SE CONSIDERO LA IDEA DE UNA RED COMPLETA, SUBTERRANEA, DE ESAS ACERAS. AQUI SE PUEDE VER EL PROYECTO DE UNA ESTACION —LA DE ST. DENIS— DE ESA RED, QUE IBA A CONTAR CON TRES PISTAS DE DISTINTAS VELOCIDADES.

NASA se desenterraron toda una serie de «asombrosas» coincidencias entre el vuelo del «Apolo» y el de los protagonista de la obra de Verne, *De la Tierra a la Luna*. Se presentaron, con gran alarde tipográfico, las similitudes en la elección de puntos de partida, tamaño del habitáculo, fecha de los lanzamientos, etc. Pero, deshonestamente, quienes hacían esta alabanza del talento «profético» del autor francés, silenciaban el punto más importante: la disparidad de los medios de propulsión.

El viaje de Verne es, en la práctica, irrealizable: el tremendo impacto del disparo del cañón causaría indefectiblemente la muerte de los pasajeros de su vehículo. Por ello, todos los demás posibles aciertos anticipativos del relato pierden ya consistencia desde su

inicio, pues no habría tal viaje a la Luna..., ya que por el «sistema Verne» no es posible.

Los inventos, en la Literatura

Sin embargo, esta consideración no impide que se deba aceptar el hecho de que, mucho antes del inicio de la cascada de descubrimientos de estos últimos cien años y del impresionante despegue de la tecnología, ya existían algunos autores que habían creído ver que el camino hacia la utopía estaba en el desarrollo de la ciencia y la técnica. El mismo Tomás Moro, en su *Utopía*, aunque tenga su interés primario en la política social, cree interesante hablar de un invento luego realizado: la incubadora. Y todos los utopis-

tas que siguieron sus huellas (predecesores en alguna forma de la SF) mantienen esa tendencia, con la descripción de una ingente cantidad de inventos.

Mas antes de pasar a examinar esas predicciones puramente técnicas, es conveniente estudiar la actitud intelectual con la que los autores contemplan los resultados de esas invenciones.

Ya ha sido dicho que, para los utopistas, en muchos casos la invención se identifica con la misma utopía o, al menos, con la posibilidad de alcanzarla. Por el contrario, para los escritores pesimistas, los resultados de la introducción de nuevos adelantos siempre han sido desastrosos: la ciencia lleva al caos, a la guerra o a una vida mecánica y reglamentada. Podría de-

cirse que estas dos actitudes hacia la ciencia: una triunfalista y tecnocrática y otra derrotista y tecnófona, han sido las predominantes en la historia de la literatura anticipativa, usando ambas corrientes del imaginario descubrimiento de factores nuevos como base sobre la que construir sus universos teóricos.

Sería interesante, pasando a otro orden de cosas, el conocer si algún invento real ha sido originado o inspirado por algún otro, imaginario, aparecido en una obra literaria. Resulta difícil el poderlo afirmar o negar, pero viene a cuento recordad que Hugo Gernsback, el autor y editor de publicaciones de SF a quien se considera como «padre» de esta literatura, decía: «Comprensiblemente, los inventores, fabricantes y similares nos gustan de admitir que una historia de SF fue la que les dio la chispa inicial que les puso en camino hacia un nuevo invento o máquina, pero es un hecho establecido que un gran número de ideas de la SF han sido convertidas con éxito en realidades provechosas» (Hugo Gernsback: **El impacto de la SF en el mundo de hoy**, revista «Nueva Dimensión», número 11).

Tal era el convencimiento de Gernsback acerca de este aprovechamiento industrial de las ideas literarias anticipativas, que llegó a sugerir la crea-

ción de una «prepatente» que protegiere la idea del autor de SF, hasta el momento en que la técnica la convirtiese en realidad cotidiana.

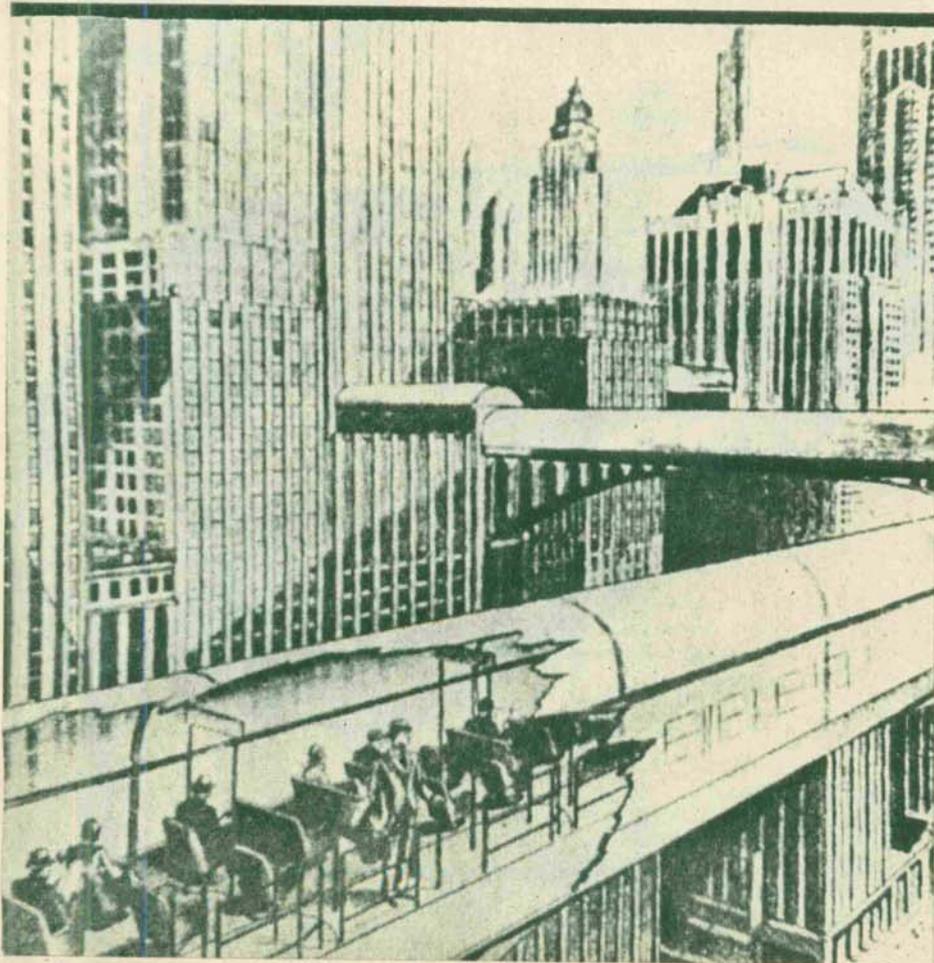
Es famoso también —en el campo de las anécdotas sobre la inventiva literaria— el caso del autor de SF que durante la segunda guerra mundial fue interrogado por el FBI, dado que había descrito en uno de sus relatos un arma atómica muy similar a las bombas que en aquel momento estaban siendo estudiadas con el máximo secreto. El contraespionaje buscaba una posible «fuga» de información, pero lo cierto era que los experimentos sobre la desintegración del átomo, llevados a cabo antes de la guerra, ya habían dado pie a una serie de especulaciones literarias sobre posibles armas, y el que una de ellas se aproximase mucho a la secreta realidad era casi inevitable.

Inventos en general

Pero pasemos ya a una enumeración somera de algunas de las más importantes predicciones realizadas por autores de SF.

En bastantes de los relatos anticipativos, la historia describe un único invento, mientras en otros los descubrimientos son incontables, en un intento de maravillar al lector, aunque

OTRO PROYECTO DE ACERA RODANTE, ESTA ELEVADA, QUE APARECIO EN UNA OBRA DE DIVULGACION CIENTIFICA NORTEAMERICANA. LA ACERA RODANTE PODRIA SER DE CERCANIAS, Y LOS PASAJEROS IR DE PIE, O EXPRES, PARA LARGOS TRAYECTOS, CON COMODOS SILLONES.



CUANDO LA S.F. SE QUEDA EN FICCION

no sean esenciales para el desarrollo del hilo argumental.

Por ejemplo, la citada **Utopía**, de Moro, podría llegar a su conclusión lógica sin necesidad del solitario invento descrito. Igualmente, otra obra utópica, el **Freeland**, de Hertzka, no necesitaba, para su desarrollo argumental de la descripción de «enormes mecanismos» destinados a cuidar a los caballos en las cuadras, pero sin duda el autor creyó que este aditivo daba un mayor interés a su novela.

Existe una categoría de obras en las que es precisamente un invento o innovación lo que constituye el tema básico de las mismas, a través de su influencia en los personajes o en la Humanidad entera. Y, a menudo, ese invento primario va acompañado de una multitud de pequeñas maravillas que contribuyen a crear el ambiente «futurista» de la obra.

Tal es el caso de la novela **La Isla flotante**, de Julio Verne, en la que el verdadero protagonista es el trasatlántico gigante que da nombre a la obra, pero en la que el autor francés descendiendo al detalle al descubrir uno de los camarotes, provisto de lavabos con grifos de agua fría y caliente (inexistentes en la época en que se escribió la obra), picas de agua que se vacían automáticamente, planchas, atomizadores de perfumes, ventiladores, cepillos mecánicos para el cabello, ropa y calzado, y diversas campanas y timbres para las comunicaciones.

Cabe destacar que, en general, todos los inventos anticipados en aquella época, en la que el esfuerzo humano suministraba aún la mayor parte de la energía motriz de las labores productivas, tienden hacia un propósito común: eliminar el trabajo del hombre. Parece como si en él se viese el mayor enemigo a vencer para lograr abrir el camino hacia Utopía.

Inventos basados en nuevos principios

Es muy significativo el comprobar que casi todos los descubrimientos importantes de la Era Industrial han sido descritos en uno u otra obra de anticipación. Así, ya se hallan algunas alusiones a la teoría evolucionista en las descripciones de «cadenas de seres» de algunas obras del siglo XVIII, al igual que en la obra de Louis S. Mercier, **Memorias del año 2500**. También hallamos referencias a otra importante teoría científica, la de la relatividad, en la obra **Flatland**, de Abbott, mucho

antes de que fuera formulada por Einstein.

Pero lo que realmente atrae al literato anticipativo de las épocas pasadas son las fuentes de energía. Las máquinas que producen energía ya aparecen en la literatura de períodos anteriores a la misma invención de máquina de vapor, aunque sólo sea en descripciones de vagos mecanismos movidos por principios esotéricos o, a lo sumo, por poderosos muelles. En **La ciudad del sol**, Campanella mueve las trirremes de su relato mediante «un artefacto maravilloso», mientras que naves semejantes, en obra de Holberg, **Un viaje al mundo subterráneo**, son movidas por «una máquina similar a nuestros aparatos de relojería», que el autor —que se confiesa poco versado en mecánica— no puede describir con detalle. Por su parte, los vehículos de la **Freeland**, de Hertzka, son movidos por muelles elásticos previamente comprimidos por la fuerza del vapor.

Los motores de combustión interna también iban a ser descritos en diversas obras de la proto-SF. Seaborn ya utiliza en su novela **Symzonia** la fuerza del aire comprimido que, impulsado por unos tubos, propule las naves. Y Tucker, en **Un viaje a la Luna**, hace hallar a su protagonista serrerías selenitas accionadas por la explosión de pólvora en unos cilindros con pistones, previendo de esta manera el motor de combustión con gran exactitud, aunque equivocándose de combustible.

Otra fuente de energía descrita en la literatura anticipativa es el calor concentrado en los rayos del Sol. John Jacob Astor introduce, en su **Viaje a otros mundos**, la idea de unas calderas que producen vapor al ser colocadas en el foco de espejos cóncavos (y en la actualidad se está precisamente experimentando con esto). Pero el calor de la Tierra parece más asequible, y en **Los hombres subterráneos** Gabriel de Tardé hace que el calor interno sea aprovechado por los «físicos mineros» para obtener «cataratas térmicas ante cuyas dimensiones las de Abisinia y del Niágara quedan reducidas al tamaño de juguetes». Igualmente eran utilizados por los autores el calor de los volcanes, el poder de las mareas y la fuerza del viento.

Recientemente, al irse especulando sobre la liberación de la energía del átomo por los científicos, no cabe extrañarse ante el hecho de que también los literatos «investigaran» esa posibilidad. Por ejemplo, H. G. Wells, ya en su imaginario año 1933 de **El mundo liberado** (escrito en 1914) describe cómo un científico logra la desintegración del átomo al convertir el bismuto en un gas atómico que se transmuta en oro, generando al mismo tiempo una cantidad tremenda de energía; y en el año 1953 de la citada obra, el progreso en ese campo ha sido tal, que los motores atómicos han desplazado toda otra fuente de energía no sólo en las fábricas, sino en los mismos automóviles.

De lo que no cabe duda es de que el método más «original» para controlar la energía atómica fue el imaginado

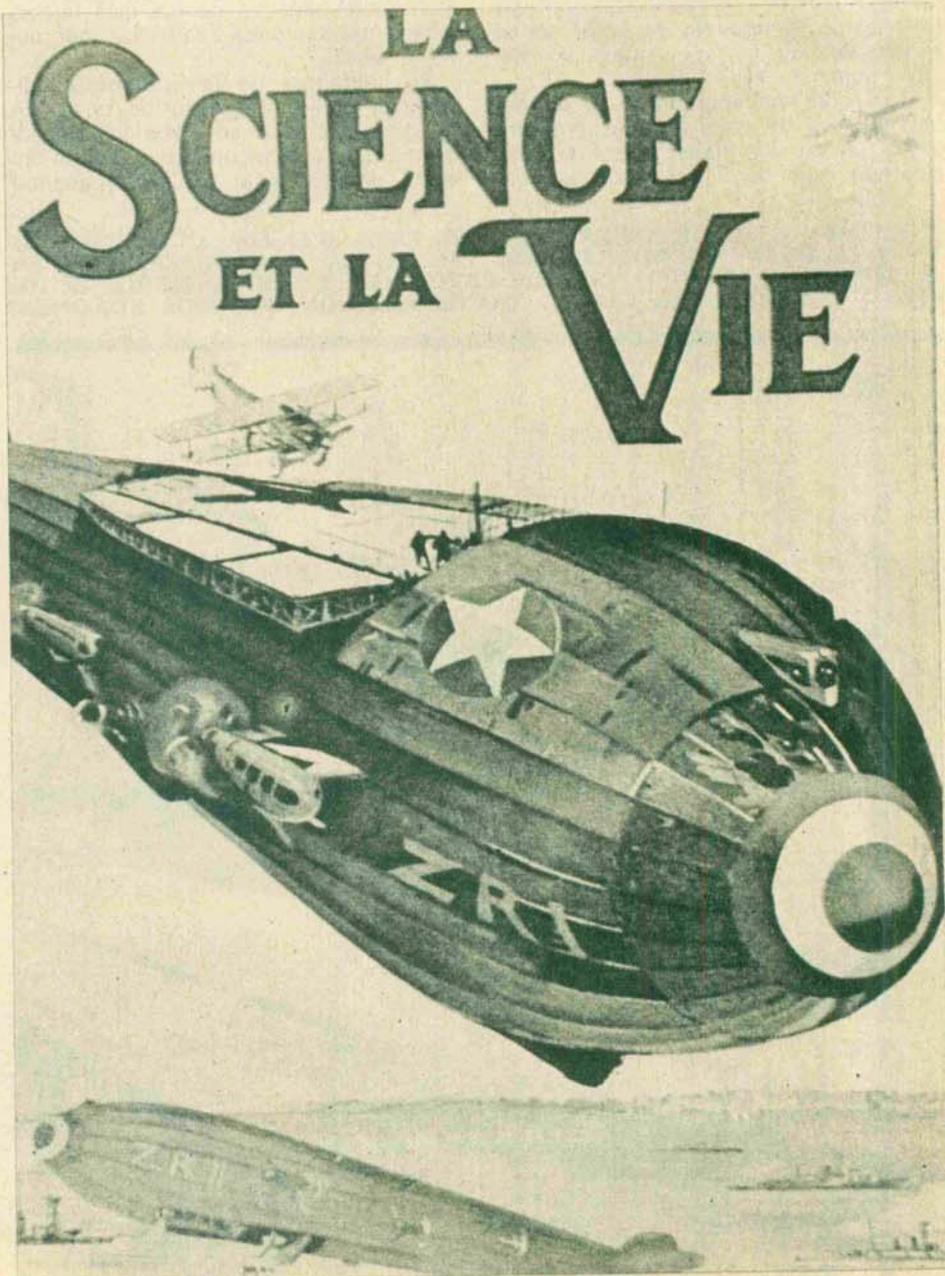
por Olaf Stapledon en su **Odd John**, obra en la que unos superhombres mutantes «hipnotizan los diablillos» (electrones y protones) de forma que queden inertes por un momento y pierdan su unión entre sí. Cuando luego se despiertan y se agitan en todos los sentidos, en alegre libertad, todo lo que se tiene que lograr es que su agitación mueva las máquinas». ¡Lástima que los físicos atómicos reales no sepan hipnotizar partículas... quizá lograsen dejar catalépticos los «stocks» de bombas nucleares que amenazan nuestra existencia!

Los transportes del futuro imaginario

Los ferrocarriles, exponente máximo de la técnica del siglo pasado, no eran

considerados como medio de transporte lo bastante bueno por los escritores de anticipación, que, si los incluían en sus obras, era tras mejorarlos. Así, Edgar Allan Poe, en su **Mellonta Tauta**, describe un ferrocarril intercontinental con todas las comodidades de un hotel, incluso pistas de baile, y que rueda sobre ralles con una galga de nueve metros. Igualmente, Wells sólo acepta incluir trenes en su relato **Una Utopía moderna**, tras haberlos provisto de bibliotecas, salas de billar, baños, barberías, etc. Sin embargo, lo cierto es que los únicos ferrocarriles aceptados como verdaderamente adelantados por los literatos de SF han sido los monocarriles, como los de Donnelly citados al principio, o como el de Wells, en cuya **Guerra en el aire** se habla de uno que, suspendido de

EL DIRIGIBLE FUE DURANTE MUCHO TIEMPO EL FUTURO REY DEL AIRE PARA LOS AUTORES QUE IMAGINABAN EL FUTURO. Y, ASOCIADO CON EL AEROPLANO, AL QUE SERVIA DE AEROPUERTO VOLADOR, SE LE CONSIDERO EL «ARMA DEFINITIVA». COMO TAL APARECE EN ESTA PORTADA DE LA REVISTA FRANCESA DE DIVULGACION «SCIENCE ET VIE».



un cable que cuelga de «grandes pilares de hierro similares a torres Eiffel», atraviesa el canal de la Mancha.

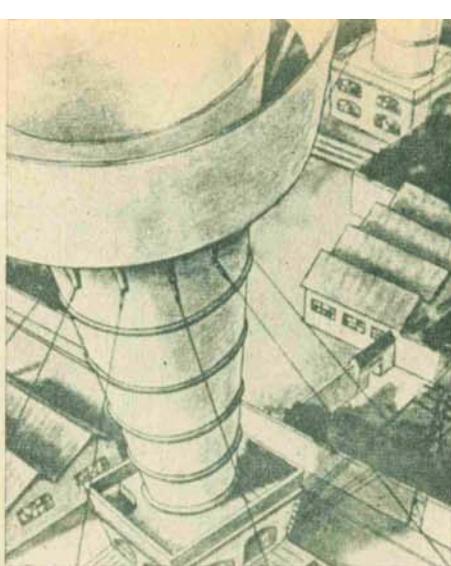
Pero el gran fracaso de los escritores anticipativos fue el automóvil, ya que antes de su aparición no fue imaginado por ninguno, pues se creía en la pervivencia del coche de caballos. Por el contrario, la acera rodante, un método que únicamente es utilizado en escasas ocasiones en la realidad, es alabado por la SF como uno de los medios de transporte con más posibilidades. Aceras rodantes no sólo para trayectos cortos, sino también otras «expres» con asientos en las que los viajeros van confortablemente instalados. En **Cuando el durmiente despierte**, Wells nos habla de aceras de cien metros de ancho divididas en vías de distintas velocidades, que aumentan gradualmente, lo que permite al viajero ir pasando de una a otra...; lástima que esta ficción no llegase a la práctica, pues habría evitado muchos embotellamientos, despilfarro de materias primas y polución originadas por el automóvil, realidad no imaginada.

Las máquinas voladoras

El vuelo humano siempre ha atraído la atención de los literatos y, ya a los dos años del primer intento con éxito hecho por el hombre de emular a los pájaros, el vuelo de globos de los hermanos Montgolfier, un relato, **El espía aerostático**, explota las posibilidades del invento. Pero el globo a merced de los elementos parece desagradar a los autores imaginativos, por lo que éstos se esfuerzan en hallar formas en que transformarlo en dirigible; y a principios del siglo XIX, Adam Seaborn hace aparecer en su **Symzonia** dirigibles con forma de pez, movidos por unos remos-vela. Y Mary Shelley (creadora del mito del monstruo de Frankenstein) describe en **El último hombre** dirigibles impulsados por alas cubiertas de plumas.

Mas los verdaderos dirigibles son descritos más tarde en obras como **A través del Zodíaco**, de Percy Greg, cuyos marcianos poseen tales artefactos voladores, y en la ya citada **La columna de César**, de Donnelly, en la que los dirigibles trasatlánticos son movidos por motores eléctricos. Kipling, por su parte, no desdeñó los dirigibles, y puebla de tal cantidad los cielos de **Con el correo nocturno**, que se ve obligado a instaurar la idea de «pistas» para el tráfico a distintas alturas, tal como se ha debido hacer en la realidad para el denso tráfico de aeroplanos.

Y precisamente los aeroplanos iban a tener la distinción de ser el invento más consistentemente mencionado por los autores, antes de su invención en 1903. El que algún día el hombre lograría volar con aparatos más pesados que el aire parece haber sido un artículo de fe jamás contestado por ningún escritor utopista. Ya el obispo Wilkins dice —en 1641!— que «entre todos los otros posibles medios de transporte a través del aire, la misma imaginación no puede concebir ningu-



LAS FUENTES DE ENERGIA ES UN TEMA DE INTERES PARA EL AUTOR ANTICIPATIVO. EL SOL, LAS MAREAS, LOS VOLCANES; TODO ES ESTUDIADO, INCLUSO EL VIENTO, COMO DEMUESTRA ESTE PROYECTO DE TORRES EOLICAS PARA PRODUCIR ENERGIA ELECTRICA.

CUANDO LA S.F. SE QUEDA EN FICCION

no más útil que el invento de una carroza voladora». Concepto este de carroza voladora que se iba a repetir en múltiples ocasiones a lo largo de los siguientes siglos, hasta desembocar en el aeroplano.

George Griffith, en su **Una luna de miel en el espacio**, imagina una especie de naves voladoras «a lo helicóptero» utilizadas por los marcianos, al igual que Julio Verne, que hace que con una navío volador de este tipo su héroe domine el aire en **Robur el conquistador**. Y, como caso especialmente curioso, citemos el de **El Angel de la Revolución**, también de Griffith, autor que, en 1893, fijaba como fecha del primer vuelo del hombre en un aeroplano la del 3 de septiembre de 1903, equivocándose, pues, en sólo tres meses respecto a la verdadera (17 de diciembre) del histórico primer vuelo de los hermanos Wright.

Los vuelos por el espacio

Los primeros viajes imaginarios del hombre por el espacio son un tanto absurdos: recuérdese a Icaro, de la leyenda griega, con sus alas de plumas, o la bandada de gansos utilizada por el protagonista de **Un hombre en la Luna**, de Francis Godwin, para que lo trasladen hasta nuestro satélite. Más tarde, con la aparición del globo,

los «astronautas» literarios emplean sus montgolfieras para viajar por las esferas sidéreas, método válido mientras se creyó en la existencia de una atmósfera común para todo el Universo, y se desconoció la realidad de la Ley de Gravitación Universal; ése es el método empleado —entre otros— por el **Hans Pfaal**, de Edgar Allan Poe.

Pero el método favorito de los literatos anticipativos es un recurso fácil que evita quebraderos de cabeza: el descubrimiento de una sustancia que repele la Ley de Gravitación, ya que tras su formulación por Newton, los métodos «antiguos» quedan ridiculizados. Este es el artilugio usado por Tucker en **Un viaje a la Luna**, al igual que por Greg en **A través del Zodíaco**, Wells en **Los primeros hombres en la Luna**, Serviss en **Un Colón del espacio**, etcétera.

Sin embargo, otros autores prefieren las soluciones más «rigurosamente científicas», tal como ocurre con Verne, que lanza a sus pasajeros a la Luna mediante un gigantesco cañón, y de igual manera son enviados los mercenarios de Wells a la Tierra en **La guerra de los mundos**. También en la obra de Pseudoman, **Cero a ochenta**, es un cañón, esta vez eléctrico, el que propulsa, junto a unos cohetes, a las naves siderales.

En una obra más reciente, de una época en que estaba iniciada ya la Astronáutica como ciencia incipiente y los experimentos con cohetes, Balmer y Wylie lanzan un cohete atómico con los restos de la Humanidad —destruida por un cataclismo— en **Cuando los mundos chocan**. E igualmente son atómicos los motores de las inmensas naves que los hombres futuros de Olaf Stapledon utilizan en los **Últimos y primeros hombres**, para sus viajes planetarios.

Y es este mismo autor, Stapledon, quien da la más grandiosa idea de lo que puede llegar a ser la nave espacial, en su obra **Hacedor de estrellas**, en la que verdaderos planetas, acompañados en algunas ocasiones por soles reales o artificiales, son enviados en periplos que duran millares de años a través de los espacios intergalácticos, utilizando la energía subatómica para estos ingentes desplazamientos.

Los autómatas

Los autómatas son ya una realidad desde antiguo, pero los toscos artefactos que se construyen mal podían soportar la comparación con los muy sofisticados hijos de la imaginación literaria. Los autómatas de la literatura se presentan bajo una tremenda variedad de formas que va desde la maquinaria compleja hasta los robots humanoides o con forma animal, algunos de los cuales hasta cuentan con la propiedad de autorreproducirse.

En **La raza siguiente**, el viajero de esta novela de Bulwer-Lytton descubre que los que ha tomado por sirvientes son, en realidad, máquinas trabajadoras sin inteligencia, operadas mediante el «vril» (fuerza maravillosa, de la que el autor no da explicación alguna, ex-

cepto señalar que es similar al mesmerismo).

Pero no todas las máquinas imaginarias carecen de inteligencia, pues el jugador de ajedrez descrito por Ambrose Bierce en *El maestro de Moxon* no sólo tiene la suficiente para jugar, sino que, irritado por perder una partida, la tiene también para matar a Moxon. Y en *Los gigantes de metal*, de Edmond Hamilton, un científico crea materia cerebral metálica y la rinde consciente mediante vibraciones, proporcionándole luego apéndices metálicos que puede manejar.

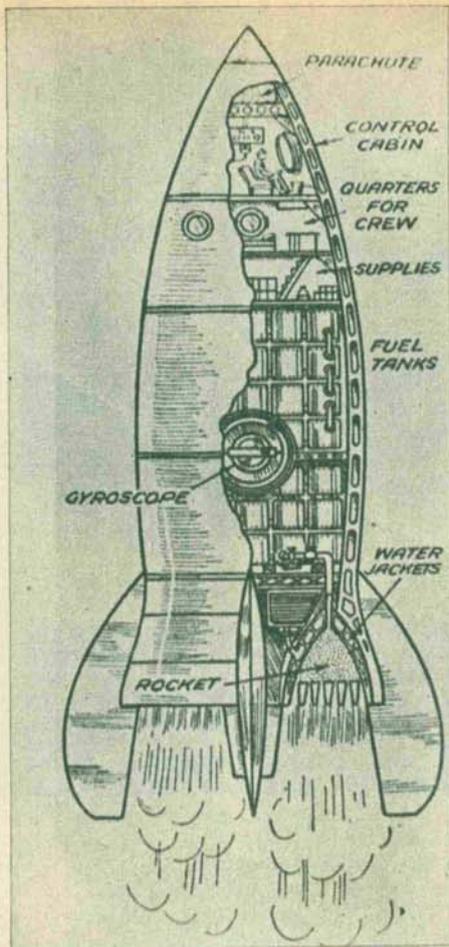
Un argumento muy común entre los autores de SF es, sin embargo, el de la máquina que se rebela, desafiando a su creador y llegando en muchos casos a dominarle o aniquilarle. Reflejan así los literatos ese miedo instintivo que a la máquina (como a todo lo desconocido o mal conocido) tiene el hombre. Por ello es famoso el caso del autor Isaac Asimov que, reflexionando sobre este problema en sus obras *Yo, robot* y *El Sol desnudo*, llegó a formular sus «tres leyes de la robótica» que debían obedecer los robots: 1. No dañar la vida de un ser humano ni por acción ni por omisión. 2. Obedecer toda orden del ser humano, siempre que no vaya contra la primera ley. 3. Tratar de conservar la propia vida, siempre que no sea vulnerando la primera o segunda leyes.

Esta formulación de mandamientos de conducta para el robot ha sido considerada tan perfecta por los mismos cibernetistas, que se ha dicho que, de llegarse a construir un robot «humano», tendría que llevar impresas estas leyes... ¡Un caso claro en que una prepatente, según la entendía Hugo Gernsback, debería proteger el fruto de la mente de Isaac Asimov.

Las guerras del futuro

La guerra ha sido tema favorito de los autores de SF, ya para alabarla o para condenarla. Esta preocupación, en el caso de los autores anticipativos, les ha llevado a imaginar métodos más eficaces de eliminar a sus semejantes. Por ello, en el momento en que la pólvora domina las batallas, al literato le parecen las armas de fuego como cosa poco destructiva, por lo que las transforma: Greg, en su *A través del Zodíaco*, hace que disparen cargas eléctricas, mientras que *Los hombres del Rey*, de Grant, lanzan balas que electrocutan a quienes son alcanzados por ellas.

La artillería era un arma más impresionante, por lo que los autores imaginativos no podían descuidarla, y el profesor Schultz, que Verne hace intervenir en *Los quinientos millones de la Begum*, fabrica un cañón que lanza proyectiles que son a su vez cañones «colocados unos dentro de otros como las partes de un telescopio» —predicción de los cohetes de fases múltiples—, de forma que, cuando un proyectil alcanza el cenit de su trayectoria dispara a su subproyectil, y así, en proceso sucesivo, se logra alcanzar distancias inverosímiles.



LA ASTRONAUTICA FUE TEMA FAVORITO YA DESDE LOS TIEMPOS DE LA PROTO-SF. PERO NO SOLO FUERON LOS LITERATOS LOS QUE DEJABAN VOLAR SU IMAGINACION EN ESTE CAMPO, SINO TAMBIEN LOS CIENTIFICOS. ASI SE COMPROBABA EN ESTE DIAGRAMA SECCIONAL DE UN COHETE TRASATLANTICO SUBORBITAL, CAPAZ DE TRANSPORTAR PASAJEROS DE LONDRES A NUEVA YORK EN UNOS VEINTIOCHO MINUTOS, FUE CONCEBIDO EN LOS AÑOS TREINTA.

CUANDO LA S.F. SE QUEDA EN FICCION

Ese mismo profesor Schultz inventa una nueva pólvora, ya que la ordinaria le parece anticuada. Y otros escritores preocupados por el escaso poder de los explosivos que ha logrado el hombre, inventan sustancias cada vez más terribles, que van desde las bombas de dinamita de *Un Dédalo moderno*, de Greer, hasta las atómicas de Wells en *El mundo liberado*, novela en que una primera bomba arrasa París, siguiéndole Berlín y doscientas ciudades más en un holocausto nuclear. Por el contrario, el sabio chino que en la obra de Stapledon *Los últimos y primeros hombres* descubre la energía nuclear aplicada a un fusil, se suicida para no tener que revelar su hallazgo; pero su

sacrificio es vano, ya que cuando se redescubre el poder del átomo, esta vez en Patagonia, no tarda de perderse el control del mismo, y la superficie de todo el planeta es transformada en una hoguera.

Aunque más que en la energía desatada del átomo, los escritores anticipativos iban a confiar en un arma que helaba el corazón de nuestros abuelos: los gases. Los marciales de Percy Greg en su *A través del Zodíaco* lanzan balas de gas comprimido que asfixian a todo ser vivo en un radio de varios metros. Y en *La columna de César*, de Donnelly, se habla de un gas que «causa una muerte repentina a los que lo respiran», y que se mantiene como una niebla sobre el terreno. A su vez, los marciales de *La guerra de los mundos*, de H. G. Wells, aniquilan ciudades enteras con unos pocos disparos de «humo negro», mientras que en *La nieve roja*, Moxley habla de «pequeñas cápsulas que contienen un gas capaz de matar a miles de millones»..., casi, casi imaginando la realidad, con sus «stocks» de bombas A y H, gases nerviosos y armas bacteriológicas, capaces de aniquilar a toda la Humanidad no una sino muchas veces.

¿Y nuestro propio futuro?

Esta lista, muy incompleta, expone algunos de los inventos imaginados por los autores consagrados a describir el porvenir, en el pasado, o sea, a describir lo que hoy es nuestro presente; por ello, puede verse en qué cosas acertaron y en qué cosas fallaron.

Cabe ahora hacerse una última pregunta: ¿y nuestro propio futuro?

Los actuales escritores de SF nos pintan porvenires muy diversos. Para unos, el mañana será un regreso a la Prehistoria tras una guerra nuclear, o una aniquilación total vía ese mismo holocausto. Para otros, el futuro deparará asombrosas maravillas: viajes interestelares, fin de las enfermedades, inmortalidad, contacto con otras razas..., aunque algunos de los autores adviertan que la masificación y despersonalización del hombre será el precio, demasiado alto, a pagar por esas maravillas, hijas de una técnica no moderada por un respeto hacia el individuo...

Y, como ya hemos visto que sucedió en el pasado, algunas de estas predicciones se cumplirán y otras únicamente servirán para que brote una sonrisa en los labios de algún posible lector del verdadero futuro sobre el que ahora se especula. Mas lo cierto es que no tenemos método algunos para determinar qué profecías se cumplirán y cuáles se quedarán en simples vuelos de la imaginación. Sólo queda esperar a que llegue el mañana.

... O lograr llevar a la práctica alguno de los medios imaginados por la SF para visitar el futuro, como *La máquina del tiempo* inventada por Wells, o el sueño preservador descrito por el mismo autor en *Cuando el durmiente despierta*... ■ L. V.